LA CELESTINA

Guion

recursos

PERSONAJES

CALISTO
MELIBEA
SEMPRONIO
CELESTINA
AREÚSA
SOSIA

LA CELESTINA *Adaptación del texto original ***La Tragicomedia de Calisto y Melibea*** de Fernando de Rojas.

Este guión es propiedad de Recursos Educativos, S.L. y está inscrito en el Registro de Propiedad Intelectual.

ACTO I

ESCENA 1

Calisto persigue a su halcón por el patio de butacas. Melibea está en su huerto. La sombra del halcón se proyecta en el escenario y Calisto sube a rescatarlo.

Calisto: En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

Melibea: ¿En qué, Calisto?

Calisto: En dotarte de tan perfecta hermosura y concederme a mí, el galardón de verte y hablarte. ¿Quién vio en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre como ahora el mío? Los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina no gozan más que yo ahora, contemplándote a ti.

Melibea: ¿Por gran premio tienes esto, Calisto?

Calisto: Si Dios me diese en el cielo la silla sobre sus santos, no lo tendría por tanta felicidad.

Melibea: Pues aun más igual galardón te daré yo, si perseveras.

Calisto: ¡Bienaventurados oídos míos, que han oído tan gran palabra!

Melibea: Desventurados te parecerán cuando me acabes de oír, porque la paga será tan fiera cual la merece tu loco atrevimiento. ¡Vete, vete de ahí torpe!

Calisto se va, Melibea le dedica una mirada tierna y suspira con exageración.

Juglar: ¡Ay, el amor, el amor! Humana flaqueza que trae al mundo de cabeza, ¿quién te dio tanto poder?
Veo que por vuestras edades bien os vendrá escuchar que es sabido que la mocedad ociosa acarrea vejez arrepentida y trabajosa, no seáis de aquellos que a la primera azadonada queráis sacar agua, pues el que está en muchos cabos, está en ninguno, y os digo que, la fortuna ayuda a los osados, aunque cuidado: ¡no es oro cuanto reluce! Eso sí, amor… ¡con amor se paga!
Estad atentos para ver y escuchar sentimientos, nobles y mezquinos… ¿o es que no sabéis que las pasiones y los deseos son toros muy bravos?

Sed pues, bienvenidos y preparaos para ver la tragicomedia de Calisto y Melibea, más conocida por La Celestina; la más famosa historia escrita por Fernando de Rojas, y que hoy se representa aquí, en este teatro de ***(El juglar hará mención a la ciudad en la que se represente)*** por nuestra compañía de comediantes para gusto de los presentes. Y ahora me retiro que no quisiera adelantar suceso alguno.

ESCENA 2

Sale Calisto atolondrado y nervioso. Hay una ventana por donde entra luz.

Calisto: ¡Sempronio! ¡Sempronio! ¿Dónde está este maldito?

Sempronio: Aquí estoy, señor.

Calisto: Cierra la ventana y deja que la tiniebla me acompañe. Mis pensamientos tristes no son dignos de luz.

Sempronio cierra la ventana y se oscurece el escenario.

Sempronio: ¿Qué cosa es? ¿Qué te pasa?

Calisto: ¡Vete de ahí y no me hables!

Sempronio: Me iré, pues quieres padecer tu mal en soledad.

Calisto: ¡Ve con el diablo!

Sempronio: ***(Aparte)*** No creo que pueda ir conmigo el que contigo se queda.

Sempronio hace ademán de marcharse pero la voz de Calisto lo detiene.

Calisto: ¡Sempronio!

Sempronio: ***(Desprevenido)*** ¿Señor?

Calisto: ¿Qué dolor puede ser tal que se iguale con mi amor? Que tengo una llama dentro del cuerpo, un fuego que me está quemando. Que si el del purgatorio es tal, más querría que mi espíritu fuese con los de los brutos animales que a la gloria de los santos.

Sempronio: ***(Aparte)*** No sólo está loco, también es un hereje.

Calisto: ¿Qué dices?

Sempronio: Digo que nunca Dios quiera tal cosa: que es una especie de herejía lo que ahora dijiste.

Calisto: ¿Por qué?

Sempronio: Porque lo que dices contradice la cristiana religión.

Calisto: ¿Y a mí qué?

Sempronio: ¿Tú no eres cristiano?

Calisto: ¿Yo? Melibeo soy y a Melibea adoro y en Melibea creo y a Melibea amo.

Sempronio: Bien sé de qué pie cojeas. Yo te sanaré.

Calisto: Increíble cosa prometes.

Sempronio: El comienzo de la salud es conocer la dolencia del enfermo.

Calisto: ¿Qué te parece mi mal?

Sempronio: Que amas a Melibea, y no es bueno tener la voluntad en un solo lugar cautiva.

Calisto: ¿Qué me repruebas?

Sempronio: Que sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la mujer. Huye de sus engaños. ¿Sabes que hacen cosas difíciles de entender? Ellas no tienen modo ni razón. Convidan, despiden, llaman, niegan, señalan amor, pronuncian enemiga, se ensañan rápido, y se apaciguan luego. Quieren que adivines lo que quieren. ¡Oh, qué plaga! ¡Oh, qué hastío!

Calisto: ¡Ved que torpe comparación! En todo lo que me has dicho, Sempronio, sin proporción ni comparación se aventaja Melibea. Mira la nobleza y antigüedad de su linaje, el grandísimo patrimonio, el excelentísimo ingenio, las resplandecientes virtudes, la altitud e inefable gracia, la soberana hermosura…

Sempronio: ***(Aparte)*** ¡Qué mentiras y qué locuras dirá ahora mi amo!

Calisto: Los cabellos, por ejemplo, ¿has visto las madejas de oro que hilan en Arabia? Más lindos son y no resplandecen menos. Los ojos verdes, rasgados; las largas pestañas; la nariz, mediana; la boca, pequeña; los labios colorados y gordezuelos…

Sempronio: ***(Aparte, cuando Calisto está todavía elogiando a Melibea)*** ¡En sus trece está el necio!

Calisto: … las manos pequeñas, de dulce carne acompañada…

Sempronio: ¿Has acabado?

Calisto: Cuan brevemente pude.

Sempronio: Pues para que no te desesperes, yo quiero tomar la empresa de cumplir tu deseo.
Calisto: ¡Oh, Dios te dé lo que deseas! ¡Qué glorioso me es oírte! ¿Y cómo has pensado hacer esta piedad?

Sempronio: Yo te lo diré. Hace bastante tiempo que conozco a una vieja que se llama Celestina; hechicera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay. Entiendo que pasan de cinco mil virgos los que se han hecho y deshecho por su autoridad en esta ciudad.

Calisto: ¿Podría yo hablarle?

Sempronio: Yo te la traeré hasta acá. Séle gracioso, séle franco. Y prepárate mientras voy yo a contarle tu pena.

Sempronio sale corriendo y Calisto se desvanece en una silla.

ESCENA 3

Celestina en escena. Sempronio llega gritando entusiasmado.

Sempronio: ¡Celestina! ¡Qué deseo traigo! ¡Gracias a Dios que te encuentro!

Celestina: ¡Hijo mío, rey mío, me has asustado! ¡Vuelve y dame otro abrazo!

Sempronio: Señora mía, bien tendrás confianza y creerás que no te engaño. Toma el manto y vamos, que por el camino sabrás lo que, si aquí tardara en decirte, impediría tu provecho y el mío.

Celestina: ¡Vamos! ¡A Dios, paredes!

La luz cambia para sugerir que están en la calle. Celestina y Sempronio se dirigen a casa de Calisto.

Sempronio: Solamente estate atenta y concéntrate en lo que te voy a decir, y no derrames tu pensamiento en muchas partes.

Celestina: Pero di, no te detengas; que la amistad que se afirma entre tú y yo no ha menester preámbulos para ganar la voluntad. Abrevia y ve al hecho.

Sempronio: Calisto arde en amores de Melibea. De ti y de mí tiene necesidad. Pues juntos nos ha menester, juntos nos aprovecharemos.

Celestina: Me alegro de estas nuevas, como si al médico le dicen que hay enfermos. Y he de hacer como aquellos: alargarle la certidumbre del remedio.

Sempronio: Callemos, que a la puerta estamos y como dicen, las paredes tienen oídos.

Sempronio llama a la puerta. Calisto abre.

Calisto: ¡Sempronio!

Sempronio: Señor, esta es Celestina.

Calisto: Por la fisonomía es conocida la virtud interior. ¡Oh, vejez virtuosa! ¡Oh, virtud envejecida! ¡Oh, gloriosa esperanza de mi deseado fin! Deseo llegar a ti, codicio besar esas manos llenas de remedio. Desde aquí adoro la tierra que pisas y en reverencia tuya la beso.

Calisto hace una reverencia y se queda postrado ante Celestina.

Celestina: ***(Aparte a Sempronio)*** Sempronio, dile a tu amo que cierre la boca y comience a abrir la bolsa; que de las obras dudo, cuánto más de las palabras.

Calisto: ***(Aparte a Sempronio, incorporándose un poco)*** ¿Qué decía la señora? Me parece que pensaba que le ofrecía palabras por excusar galardón.

Sempronio: ***(Aparte a Calisto)*** Eso parece.

Calisto: ***(Aparte a Sempronio, levantándose)*** Pues ven conmigo; trae las llaves, que yo sanaré su duda.

Sempronio: ***(Aparte a Calisto)*** Bien harás, que no se debe dejar crecer la hierba entre los panes, ni la sospecha en los corazones de los amigos.

Sempronio se va y coge las llaves; se las tiende a Calisto. Este se acerca a un baúl, lo abre y saca unas monedas.

Calisto: ***(Acercándose a Celestina, y tendiéndole las monedas)*** Recibe este pequeño donativo de aquel que con él la vida te ofrece. Ve ahora, señora, y consuela tu casa. Y después ven y consuela la mía.

Celestina: Quede Dios contigo.

Calisto: Y Él te me guarde.

Se va Celestina.

Calisto: Cien monedas le di, ¿hice bien?

Sempronio: ¡Ay, si hiciste bien! Además de remediar tu vida, ganaste muy buena honra. Goza de mi consejo; vuelve a la sala y descansa, pues tu negocio está depositado en buenas manos. ¿Y para qué es la fortuna favorable y próspera, sino para servir a la honra que es el mayor de los mundanos bienes? Y vamos pues quiero hablar contigo más tiempo.

Calisto: Sempronio, no me parece buen consejo quedar yo acompañado y que vaya sola aquella que busca el remedio de mi mal. Mejor será que vayas con ella y la aceches, pues sabes que de su diligencia pende mi salud; de su tardanza, mi pena; de su olvido, mi desesperanza. Sabido eres, fiel te siento, por buen criado te tengo. Haz de manera que en sólo verte ella a ti, juzgue la pena que a mi me queda y el fuego que me atormenta. Tú, como hombre libre de tal pasión, háblale a rienda suelta.

Calisto se va. Sempronio se queda en escena. La luz ilumina a Celestina que está andando lentamente hacia el fondo del escenario.

Sempronio: ***(Aparte)*** ¡Qué lentitud lleva Celestina! Menos sosiego traían sus pies a la venida. A dineros pagados, brazos quebrados. ***(Gritando)*** ¡Eh, señora Celestina!

Celestina: ¿A qué vienes, hijo?

Sempronio: Este nuestro enfermo no sabe qué pedir. Teme tu negligencia. Maldice su avaricia porque te dio tan poco dinero.

Celestina: No es cosa más propia del que ama que la impaciencia. Toda tardanza les es tormento. En un momento querrían conseguir sus deseos, y contra cualquier señuelo vuelan sin deliberación.

Sempronio: ***(Nervioso)*** ¿Crees que podrás alcanzar algo de Melibea?

Celestina: No hay cirujano que a la primera cura juzgue la herida. Te diré lo que yo veo: Melibea es hermosa, Calisto loco y franco. Ni a él penará gastar, ni a mí andar. Todo lo puede el dinero: las peñas quebranta, los ríos pasa en seco. El desatino y ardor de Calisto bastan para que él se pierda y ganemos nosotros. Y aunque esté brava Melibea, no es ésta, la primera a quien yo he hecho perder el cacarear.

Sempronio pone cara de no entender nada.

Celestina: Digo que la mujer o ama mucho a aquel de quien es requerida, o le tiene gran odio. Y con esto voy más consolada a casa de Melibea, que si la tuviese en mi mano.

Cuando Celestina acaba de pronunciar sus últimas palabras se hace oscuro.

ESCENA 4

En pocos segundos, comienza a aparecer una bruma en el escenario, las luces son tenues, misteriosas, rojizas. Suena una música y se escucha la voz de Celestina aunque todavía no la vemos.

Celestina: Aceite de serpiente, hilos gruesos y sangre de murciélago, alas de dragón, agua de mayo y soga del ahorcado… ***(Estos ingredientes los ha ido repitiendo mientras los lanzaba a una gran olla. Empieza a verse la figura de Celestina, que lleva un pañuelo en la mano y un papel)***

Celestina: ¡Yo te conjuro, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles! Yo, Celestina, tu más conocida aliada, te conjuro por la virtud y fuerza de estas bermejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con que están escritas, por la gravedad de estos nombres y signos que en este papel se contienen, por el veneno de las víboras con que se hizo este aceite, con el cual unto este hilado: vengas sin tardanza a obedecer mi voluntad y te envuelvas en él hasta que Melibea lo compre. Y quede enredada de tal manera que, cuanto más lo mirare, tanto más su corazón se ablande. Y que le abras el dicho corazón, y lastimes del fuerte amor de Calisto. Tanto que, despedida toda honestidad, se descubra a mí y me galardone. ***(Amenazante)*** Si no lo haces con presto movimiento, me tendrás por tu capital enemiga, y heriré con luz tus cárceles oscuras, apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra, y otra vez te conjuro, y así confiando en mi mucho poder me parto para allá con mi hilado, donde creo te llevo ya envuelto.

Las luces y la música que han acompañado al conjuro se apagan bruscamente con la última palabra de Celestina.

Juglar: ¡Vaya con la vieja alcahueta! Maestra de hechizos y conjuros, mejor tenerla de amiga que de enemiga; que nunca Celestina mete aguja sin sacar reja.

Amor, pasión, engaño y hasta brujería, ¿será suficiente? ¿Será necesario? ¿Qué enredos nos aguardan?

Mejor será ver, oír y callar.

ACTO II

ESCENA 1

Melibea en escena distraída. Ve a Celestina acercarse, se levanta y va a su encuentro.

Celestina: ¡Paz sea en esta casa!

Melibea: Seas bienvenida. ¿Qué Dios te trajo por estos barrios, señora?

Celestina: Con mis fortunas adversas me sobrevino falta de dinero, y no supe mejor remedio que vender un poco de hilado que para unas toquillas tenía guardado. Es delgado como el pelo de la cabeza, blanco como el copo de la nieve, hilado todo por estos pulgares, aspado y aderezado. Míralo aquí ***(Se lo enseña)***

Melibea: Vecina honrada, tu razón y ofrecimiento me mueven a compasión. Si el hilado es tal, te será bien pagado.

Celestina: ***(Dándole el hilado)*** Ah, señora, Dios te deje gozar tu noble juventud y florida mocedad, que es el tiempo en que más placeres y mayores deleites se alcanzarán. Que la vejez no es sino mesón de enfermedades, pena de lo presente, vecina de la muerte…

Melibea: Señora, pues si tienes gran pena por la edad que perdiste. ¿Querrías volver a la primera?

Celestina: Aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no la desea, porque el que de razón y seso carece, casi otra cosa no ama sino lo que perdió. Nadie es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir.

Melibea: Espantada me tienes con lo que has hablado. Tus razones me dan indicios de haberte visto en otro tiempo. ¿Eres tú Celestina, la que vivía junto al río?

Celestina: Señora, hasta que Dios quiera.

Melibea: Celestina, amiga, me he alegrado mucho en verte y conocerte. Toma tu dinero y vete con Dios, que me parece que no debes haber comido.

Celestina: ¡Oh, angélica imagen! ¡Oh, perla preciosa! ¡Y cómo lo dices! Ay, si tú me das permiso, te diré la verdadera causa de mi venida.

Melibea: Di, Celestina, todas tus necesidades; que si yo las pudiere remediar de muy buen grado lo haré.

Celestina: ¿Mías, señora? Antes ajenas.

Melibea: Pide lo que quieras, sea para quien fuere.

Celestina: ¡Doncella graciosa y de alto linaje! Tu suave habla y alegre gesto, me dan osadía para decírtelo. Yo dejo un enfermo a la muerte, que con una sola palabra salida de tu boca, tiene por fe que sanará.

Melibea: Vieja honrada, no te entiendo si no declaras más tu demanda. No ceses tu petición por temor.

Celestina: El temor lo perdí mirando, señora, tu belleza. Que no puedo creer que Dios pintase en balde unos gestos más perfectos, más dotados de gracia, más hermosas facciones…

Melibea: ***(Interrumpiéndola)*** ¡Por Dios, dime quién es ese doliente!

Celestina: Señora, bien tendrás noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentilhombre de clara sangre al que llaman Calisto…

Melibea: ***(Enfadada)*** ¡Ya, ya, ya! Buena vieja, no me digas más. ¿Ese es el doliente por quién has hecho tantas premisas en tu demanda, desvergonzada? ¿Qué siente ese perdido, que con tanta pasión vienes? ¡De locura será su mal! ¡Alcahueta falsa, hechicera! ¡Quítate de delante, que no me has dejado gota de sangre en el cuerpo!

Celestina: ***(Aparte)*** ¡En hora mala vine acá, si me falta mi conjuro! ***(Mirando hacia arriba)*** ¡Ce, hermano, que se va todo a perder!

Melibea: ¿Aún hablas entre dientes delante de mí? ¿Querrías condenar mi honestidad por dar vida a un loco? Responderme, traidora. ¿Cómo osaste tanto hacer?

Celestina: Lo que más siento y me pena es recibir enojo sin ninguna razón. Si pensara, señora, que ibas a conjeturar estas sospechas, no hubiera osado yo hablarte de Calisto.

Melibea: ¡No oiga yo mentar más a ese loco, a ese saltaparedes! Si no aquí me caeré muerta. Y avísale que se aparte de este propósito. Y tú da gracias a Dios, que sales tan libre de esta feria. Bien me habían dicho quién eras y avisado de tus propiedades, aunque hasta ahora no te conocía.

Celestina: ***(Aparte)*** ¡Otras más bravas he amansado yo!

Melibea: ¿Qué dices, enemiga? Habla que te pueda oír. ¿Qué palabra podías tú querer para ese tal hombre que a mí me estuviese bien? ¡Responde!

Celestina: Una oración, señora, que le dijeron que sabías de Santa Polonia, para el dolor de muelas. Y tu cordón, que es fama que ha tocado todas las reliquias que hay en Roma y Jerusalén. Aquel caballero que dije, pena y muere de ellas.

Melibea: Si eso querías, ¿por qué no me lo dijiste?

Celestina: Señora, porque mi limpio motivo me hizo creer que no se había de sospechar mal. ¡Por Dios no me culpes! Que no es otro mi oficio sino servir a los semejantes: de esto vivo y de esto me arreo. Nunca fue mi voluntad enojar a unos para agradar a otros, aunque le hayan dicho otra cosa en mi ausencia.

Melibea: Tanto afirmas tu ignorancia, que me haces dudar. ¡Cuánto me pesa ahora mi falta de paciencia! Quiero cumplir tu demanda y darte mi cordón. ***(Se quita el cordón y se lo da)*** Y más haré por este enfermo, si menester fuere, por las molestias causadas.

Celestina: ***(Aparte)*** ¡Más será menester y más harás, y aunque no se te agradezca!

Melibea: ¿Qué dices de agradecer?

Celestina: Digo, señora, que todos te quedamos agradecidos. Y ahora, me voy a verle, si me das licencia.

Melibea: Ve con Dios, que ni tu mensaje me ha traído provecho ni de tu ida me puede venir daño.

Celestina se marcha lentamente, caminando hacia el fondo del escenario. Melibea se va por otro lado. Aparece Sempronio.

Sempronio: ***(Santiguándose)*** O yo no veo bien o aquella es Celestina.

Celestina: ¿De qué te santiguas, Sempronio?

Sempronio: Dime, por Dios, ¿con qué vienes?

Celestina: Sempronio, amigo, ni yo me podría parar ni el lugar es apropiado. Vente conmigo, delante de Calisto oirás maravillas. Que aunque hayas de recibir alguna partecilla del provecho, quiero yo todas las gracias del trabajo.

Sempronio: ¿Partecilla, Celestina? Mal me parece eso que dices.

Celestina: Calla, loquillo; que parte o partecilla, te daré todo cuanto quieras. Todo lo mío es tuyo, ¿no discutiremos ahora a causa del reparto? Además, sabes tú cuánta más necesidad tienen los viejos que los mozos.

Sempronio: ***(Aparte)*** ¡Oh, vieja llena de mal, codiciosa y avarienta! También me quiere engañar a mí, como a mi amo… Pues, que quien con modo torpe sube en lo alto, más presto cae que sube.

Celestina: ¿Qué dices, Sempronio? ¿Con quién hablas? ***(Le coge del brazo bruscamente)*** Andemos presto que tu amo estará loco con mi tardanza.

Sempronio: Y aún sin ella.

Sale Calisto, impaciente.

Calisto: ¡Señora mía!

Celestina: ¡Oh, Calisto, mi nuevo amador de la hermosa Melibea! ¿Con qué pagarás a esta vieja que hoy ha puesto su vida al tablero por tu servicio?

Calisto: ¡Celestina, abrevia tu razón o toma esta espada y mátame!

Celestina: ¿Espada, señor? ¡Espada mala mate a tus enemigos y a quien mal te quiere! Que yo la vida te quiero dar, que traigo buena esperanza de aquella que tú más amas.

Calisto: Dime, por Dios, señora. ¿Qué hacía? ¿Cómo iba vestida? ¿Qué cara te mostró al principio?

Celestina: La cara, señor, que suelen los bravos toros mostrar contra los que lanzan las agudas flechas en el coso.

Calisto: ***(Desconcertado)*** ¿Y a esas llamas tú señales de salud? Si no quieres que desespere y vaya mi alma condenada a pena perpetua, reina y señora mía, explícame si tuvo buen fin tu demanda gloriosa…

Celestina: Todo el rigor de Melibea traigo convertido en miel. Su ira, en mansedumbre; su aceleramiento, en sosiego ¿A qué piensas que iba allá la vieja Celestina? Pues a recibir los golpes y menosprecios que muestran aquellas en los principios del amor. Que a quien más quieren, peor hablan, y siempre confiesan lo contrario de lo que sienten.

Calisto: Entremos en mi cuarto y me dirás por entero lo que aquí he sabido en suma.

Comienza a sonar una música suave. Celestina y Calisto se convierten por efecto de la luz en siluetas, y emulan la conversación. Mientras, en otra parte del escenario, convenientemente iluminado, aparece Melibea.

Melibea: ¡Oh lastimada de mí! ¿Y no hubiera sido mejor conceder la petición y demanda de Celestina, de parte de aquel señor, cuya vista me cautivó? ¿Contentare a él y sanar yo? ***(Mirando hacia arriba, suplicante)*** ¡Oh, soberano Dios! A ti humildemente suplico des a mi herido corazón, sufrimiento y paciencia con que mi terrible pasión pueda disimular. ¿Y si desconfiando de mi buena respuesta, ha puesto sus ojos en amor de otra?

Pero ¿cómo lo podré hacer? ¡Oh género femenino encogido y frágil! ¿Por qué no fue también concedido a las hembras poder descubrir ardiente amor, como a los varones? ¡Que ni Calisto viviera quejoso, ni yo penada!

La luz deja de iluminar a Melibea. Volvemos a la otra escena, donde Celestina acaba de contarle a Calisto la historia de su encuentro.

Celestina: Da espacio a tu deseo. Toma este cordón; que si yo no me muero, yo te daré a su ama.

Calisto: ***(Jugando con el cordón)*** ¡Oh, bienaventurado cordón, que tanto poder y merecimiento tuviste de ceñir aquel cuerpo que yo no soy digno de servir! ¡Oh, mi gloria y ceñidero de aquella angélica cintura! ¡Oh, cordón, cordón!

Celestina: Para ya, señor, que a mí me tienes cansada de escucharte y al cordón roto de tanto tocarlo.
Calisto: Allá, señora, que él y yo nos entendemos…

Sempronio: ***(Sarcástico)*** Señor, ¿por jugar con el cordón no querrás gozar de Melibea?

Calisto le lanza una mirada de reprobación a Sempronio.

Calisto: ¿Y la oración?

Celestina: No me la dio por ahora.

Calisto: ¿Qué fue la causa?

Celestina: La brevedad del tiempo; pero quedó, en que si tu pena no aflojase, volviese mañana a por ella.

Calisto: Mi pena aflojará cuando lo haga su crueldad.

Celestina: Quede señor, Dios contigo. Mañana será mi vuelta. Cálmate, y piensa en otras cosas.

Calisto: ¡Sempronio!

Sempronio: ¿Señor?

Calisto: Acompaña a esta señora hasta su casa, y vaya con ella tanto placer y alegría, como conmigo queda tristeza y soledad.

Calisto se va por un lado del escenario. Sempronio y Celestina por el otro.

ESCENA 2

Aparece Areúsa, que saca tres sillas y una jarra con tres vasos de barro. Aparecen Sempronio y Celestina. Los tres se sientan a comer.

Sempronio: Siéntate, Celestina, tú primero.

Celestina: Sentaos, vosotros, que hay lugar para todos, a Dios gracias. ***(Haciendo alusión a la comida y a la bebida)*** Esto me calienta la sangre, esto me hace andar siempre alegre y me mantiene joven. Y nunca temeré el mal año: que un cortezón de pan ratonado me basta para tres días…

Sempronio: A todos nos sabe bien, y después no habrá tiempo para preocuparnos por los amores de este perdido de mi amo y de aquella graciosa y gentil Melibea.

Areúsa: ***(Enfadada)*** ¿Gentil es Melibea? Pues no la has visto tú como yo, que si algo tiene de hermosura es por los buenos atavíos que trae. Ponedlos a un palo y también diréis que es gentil. Todo el año está encerrada con mudas de mil suciedades. Por una vez que haya de salir donde pueda ser vista, embadurna su cara con hiel y miel, con unas tostadas de higos pasados y con otras cosas, que por reverencia de los presentes dejo de decir. No sé qué ha visto Calisto, por qué deja de amar a otras que más fácilmente podría tener.

Sempronio: Me parece a mí que lo contrario de eso se comenta por la ciudad.

Areúsa: No hay nada más engañoso que la vulgar opinión.

Sempronio: Calisto es caballero, Melibea hidalga; así que, los nacidos por linaje escogido se buscan unos a otros. Por tanto, no es de maravillar que ame antes a ésta que a otra.

Areúsa: Las obras hacen linaje; que, al fin, todos somos hijos de Adán y Eva.

Areúsa se levanta y se va.

Celestina: Por mi vida, que cesen esas razones de enojo. No le respondas, Sempronio, si no, nunca acabaremos. Gozad de vuestras frescas mocedades, que quién tiempo tiene y mejor le espera, luego se arrepiente. Como yo hago ahora por algunas horas que dejé perder, cuando era moza, cuando me apreciaban, cuando me querían. Que ya he caducado y ya nadie me quiere. Besaos y abrazaos que a mí no me queda otra cosa sino gozarme en verlo. Dime, ¿cómo acabó Calisto? ¿Cómo lo dejaste?

Sempronio: Echando fuego, desesperado, medio loco…

Llaman a la puerta.

Sempronio: Llaman a la puerta, se ha acabado la tranquilidad…
Celestina: Mira, a ver quién es.

Sempronio se levanta para ir a abrir. Irrumpe en escena Melibea, desesperada y ansiosa, tapada por una capa.

Melibea: ¡Oh, vieja sabia y honrada! ¿Qué te parece? Que ha querido mi dicha y la fortuna que yo tuviese necesidad de tu saber.

Melibea mira a Sempronio con vergüenza y Celestina le hace un gesto a Sempronio para que se vaya. Sempronio se va.

Celestina: ¿Qué es, señora, tu mal, cuyo tormento te hace ruborizar?

Melibea: Que me comen este corazón serpientes dentro de mi cuerpo.

Celestina: ***(Aparte)*** ¡Bien está! ¡Así lo quería yo! Tú me pagarás, doña loca, la sobra de tu ira.

Melibea: ¿Qué dices? ¿Has sentido en verme alguna causa donde mi mal proceda?

Celestina: Señora, no me has declarado la calidad del mal. ¿Quieres que adivine la causa? Lo que digo es que recibo mucha pena de ver triste tu graciosa presencia.

Melibea: Vieja honrada, ¡alégramela tú! Que me parece que veo mi corazón entre tus manos… Por amor de Dios, dame algún remedio.

Celestina: Gran parte de la salud es desearla, por lo cual creo menos peligroso tu dolor.

Melibea: Señora, mi mal es de corazón, que jamás pensé que el dolor podía privar el seso como este hace; me quita el comer, no puedo dormir… no puedo sentir otra cosa, salvo la alteración que tú me causaste con la demanda que sospeché de parte de aquel caballero Calisto, cuando me pediste la oración.

Celestina: ¿Cómo señora? ¿Tan mal hombre es aquel? ¿Tan mal nombre es el suyo, que en sólo ser nombrado trae consigo veneno su sonido? No creas que sea ésa la causa de tu sentimiento…si tú licencia me das ***(Hace un gesto de pedir)***, yo señora, te la diré.

Melibea: ¿Cómo, Celestina? ¡Ay, que cuánto más dilatas la cura, tanto más me acrecientas y multiplicas pena y pasión! ***(Dándole más dinero)*** ¡Di, por Dios, lo que quieras, haz lo que sepas; no podrá ser tu remedio tan áspero que se iguale con mi tormento!

Celestina: Ten paciencia, que pocas veces lo molesto sin molestia se cura.

Melibea: ¿Cómo dices que llaman a este mi dolor, que así se ha enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo?

Celestina: ¡Amor dulce!

Melibea: Eso me declara qué es, que en sólo oírlo me alegro.

Celestina: Es un fuego escondido, un sabroso veneno, una dulce amargura, una blanda muerte.

Melibea: ¡Ay, mezquina de mí! Que si eso es verdad, dudosa será mi salud.

Celestina: No desconfíe, señora, tu noble juventud de salud, que yo conozco un remedio, una flor, que te dejará libre de esto.

Melibea: ¿Cómo se llama?

Celestina: No me atrevo a decírtelo.

Melibea: Di, no temas.

Celestina: ¡Calisto…!

Melibea se desmaya y Celestina la sujeta en sus brazos.

Melibea: ¡Oh mi Calisto y mi señor, mi dulce y suave alegría! Si tu corazón siente lo que ahora el mío, maravillada estoy cómo la ausencia te consiente vivir. ¡Oh mi señora! Haz que pueda verle, si mi vida quieres.

Celestina: Ver y hablar.

Melibea: ¿Hablar? Es imposible.

Celestina: Ninguna cosa a los hombres es imposible.

Melibea: Dime cómo.

Celestina: Yo te lo diré; por entre las puertas de tu casa.

Melibea: ¿Cuándo?

Celestina: Esta noche.

Melibea: ¿A qué hora?

Celestina: A las doce.

Melibea: Pues ve, mi leal amiga, y habla con aquel señor, y que venga sin hacer ruido a la hora que has ordenado.

Melibea se marcha. Y se queda sola Celestina.

Celestina: Adiós. ***(Aparte)*** Pasaremos por su casa a pedirle cuenta de su gran gozo.

Celestina recoge sus cosas y se prepara para salir de casa. Sale por un lado del escenario y justo en ese momento aparecen por el otro lado, Sempronio y Calisto hablando animadamente.

Sempronio: Señor, si pasión tienes, súfrela en tu casa. No descubras tu pena a los extraños, que has dejado el negocio en buenas manos.

Calisto: ¿En qué manos?

Sempronio: De Celestina.

Celestina: ***(Sorprendiéndoles por detrás)*** ¿Qué nombráis a Celestina? ¿Qué decís de esta esclava de Calisto?

Calisto: ¡Oh joya del mundo, socorro de mis pasiones! El corazón se me alegra en ver esta honrada presencia. Dime, ¿con qué vienes? ¿Qué nuevas traes, que te veo alegre y no sé en que está mi vida?

Celestina coge a Calisto del brazo y lo aparta un poco.

Celestina: Todo el día, señor, he trabajado en tu negocio. Muchos tengo quejosos por tenerte a ti contento. Pero todo vaya en buena hora, que te traigo muchas buenas palabras de Melibea y la dejo a tu servicio.

Calisto: ¿Qué es esto que oigo?

Celestina: Que es más tuya que de sí misma.

Calisto: ***(Se ríe)*** Habla cortés, no digas tal cosa, que dirá este mozo que estás loca. Melibea es mi señora, Melibea es mi Dios, Melibea es mi vida; yo su cautivo, yo su siervo. ***(Se santigua)***

Sempronio: A todo el mundo turbas diciendo desconciertos. ¿De qué te santiguas? Dale algo por su trabajo; harás mejor, que es lo que esperan esas palabras.

Calisto: Bien has dicho. ***(A Celestina)*** Yo sé cierto que jamás igualaré tu trabajo y mi liviano galardón. Toma esta cadenilla; ponla al cuello y continúa hablando. ***(Le da la cadenilla)***

Sempronio: ***(Aparte)*** ¡Cadenilla la llama!

Celestina: Melibea pena por ti más que tú por ella. Melibea te ama y desea verte. Melibea piensa más horas en tu persona que en la suya…

Calisto: ¿Estoy yo aquí, oigo yo esto, es de día o es de noche? ¡Oh, señor, te ruego que esto no sea un sueño! No te burles de mí, señora, no temas, di la verdad.

Celestina: Nunca el corazón lastimado de deseo toma la buena nueva por cierta… Pero si me burlo o no de ti, lo sabrás yendo esta noche, según he acordado con ella, a su casa, cuando el reloj dé las doce, por entre las puertas de su huerto.

Calisto: ¿Tal cosa es posible? ***(Nervioso)*** No soy capaz de tanta gloria ni merecedor de tan gran merced, ni digno de hablar con tal señora…

Celestina: Siempre lo oí decir, que es más difícil sufrir la próspera fortuna que la adversa; que la una no tiene sosiego y la otra tiene consuelo. Alegre te dejo, y yo me voy contenta. Si fuera menester para esto o para más, allí estoy, dispuesta a tu servicio.

Sempronio: ***(Aparte)*** Qué prisa tiene la vieja por irse. No puede creer que tenga esa cadena en su poder, ni que se la hayan dado de verdad. No se halla digna de tal don, tan poco como Calisto de Melibea. ¡Pues que se guarde del diablo, que sobre el partir no le saquemos el alma!

Calisto: Dios vaya contigo. Yo quiero dormir y reposar un rato para satisfacer a las pasadas noches y cumplir con la que viene.

Celestina se marcha con prisas.

Juglar: Todo lo puede el dinero y sobre el dinero no hay amistad. Ay, y yo me pregunto: ¿quién engañará al que engaña?
Pero no hay mal que por bien no venga. Y así, después de mucho aguardar, por fin los amantes se van a encontrar. La rueda de la Fortuna ha comenzado a girar; ¿propicia o adversa?, habrá que esperar.
Y a la cabeza me llega un poema que con permiso de vuesas mercedes ahora les voy a cantar ***(Con tono impostado y exagerado)***:

¡Qué momento esperado!
¡Cuánto esfuerzo empleado!
¡El acuerdo se ha cerrado!
¡El amor ha triunfado!

Comienzan a sonar doce campanadas.

¡Un momento! ¿No escucháis? Marcho presto…

ESCENA 3

Aparecen en escena Calisto y Sempronio, sigilosos y alerta. La luz es tenue. Iluminación de farol.

Calisto: Andemos por esta calle. Ya dan las doce.

Sempronio: Estamos cerca.

Calisto: A buen tiempo llegamos. Mira, Sempronio, a ver si está mi señora por entre las puertas.

Sempronio: ¿Yo, señor? ¿Y no sería mejor que tu presencia fuera su primer encuentro? Porque viéndome a mí, quizá se turbe o piense que la burlaste.

Calisto: ¡Oh, qué bien has dicho! La vida me has dado con tu sutil aviso. Yo iré, tú quédate aquí.

Sempronio resopla de alivio y se queda en un lado del escenario mientras Calisto avanza unos pasos y se encuentra con una puerta. Los amantes no se ven. Sempronio se queda dormido, pero sigue en escena.

Calisto: ¡Señora mía!

Melibea: ¿Cómo es tu nombre? ¿Quién es el que te mandó venir?

Calisto: Yo soy tu siervo Calisto.

Melibea: ***(Hablando fríamente)*** La sobrada osadía de tus mensajes me ha forzado a hablarte, señor Calisto. No sé que más piensas sacar de mi amor, de lo que ya te he mostrado. Desvía estos vanos y locos pensamientos de ti, para que mi reputación quede a salvo de malas sospechas.

Calisto: ¡Oh, malaventurado Calisto! ¡Oh, engañosa mujer Celestina! ¡Oh, enemiga! ¿No me dijiste tú que esta mi señora me era favorable? ¿No me dijiste que de su grado mandaba venir este su cautivo al presente lugar…? ¿Quién osó darme tan cruda esperanza de perdición?

Calisto hace ademán de irse, derrotado. Melibea se da cuenta y cambia de actitud.

Melibea: Cesen, señor mío, tus verdaderas querellas. Tú lloras de tristeza, juzgándome cruel; yo lloro de placer, viéndote tan fiel. ¡Oh, mi señor y mi bien todo! ¡Cuánto más alegre sería poder ver tu rostro que oír tu voz! Todo lo que te dijo aquella solícita mensajera, todo te lo confirmo yo.

Calisto: ¡Oh, señora mía, esperanza de mi gloria, descanso y alivio de mi pena, alegría de mi corazón! ¡Cuántos días antes de ahora me vino este pensamiento y por imposible lo rechazaba! Y ahora, los rayos resplandecientes de tu claro gesto dieron luz a mis ojos, encendieron mi corazón y acortaron mi cobardía.

Melibea: Señor Calisto, después que de ti tuve noticia, no te has apartado en ningún momento de mi corazón. Muchos días he tenido que disimularlo, pero tan pronto trajo aquella mujer tu dulce nombre a la memoria, le descubrí mi deseo de que vinieses a este lugar para suplicarte que ordenes y dispongas de mi persona según quieras. Las puertas impiden nuestro gozo, yo las maldigo. Y a sus fuertes cerrojos y a mis flacas fuerzas, que si no fuera por ellas, ni tú estarías quejoso ni yo descontenta.

Calisto: ¡Oh, molestas y enojosas puertas! ¡Ruego a Dios que tal fuego os abrase como a mí me da guerra, que con la tercia parte de ese fuego quedaseis quemadas! Señora mía, permite que llame a mi criado para que las quiebre.

Melibea: ¿Quieres, amor mío, perderme y dañar mi fama? Conténtate con venir mañana a esta hora por las paredes de mi huerto, que si quebrases las crueles puertas, ahora no lo sentiríamos pero en esta casa de mi padre amanecería terrible sospecha de mi error.

Se oyen voces y ruido. Calisto y Melibea siguen hablando ajenos. Sempronio se despierta y se levanta.

Sempronio: ***(Aparte)*** ¿Qué oigo? A malas andan. ¡Muertos somos!

Melibea: Calisto, ¿qué es eso que suena en la calle? Por Dios, mírate que estás en peligro.

Calisto: Señora, no temas, que vengo bien seguro.

Sempronio: ***(Acercándose a Calisto, asustado)*** ¡Señor, señor! Vete presto de aquí, que viene mucha gente con antorchas, y serás visto, que no hay donde te metas.

Calisto: ¡Oh, mezquino yo, y cómo me cuesta, señora, despedirme de ti! Los ángeles queden con tu presencia. Mi venida será mañana, como ordenaste, por el huerto.

Melibea: Así sea, y va ya Dios contigo.

Se va Melibea.

Sempronio: Debes, señor, reposar y dormir lo que queda del día.

Calisto: Bien lo he menester. ¿Qué te parece, Sempronio, la obra que ha salido de las manos de la vieja? ¿Qué hubiéramos hecho sin ella? ¿Habéis oído lo que con mi señora Melibea ha pasado? ¿Qué hacíais? ¿Teníais temor?

Sempronio: ¿Temor, señor? Allí estaba esperándote, con las armas a mano.

Calisto: ¿Dormiste algún rato?

Sempronio: ¿Dormir, señor? ¡Dormilones son los mozos! Nunca me senté, ni junté los pies. Estuve mirando a todas partes, para, en cualquier momento, saltar presto y hacer todo lo que mis fuerzas me ayudaran.

Calisto: Ruega a Dios por salud, que yo te galardonaré por tu buen servicio. Ve con Dios a reposar, que yo haré lo mismo.

Calisto se va. Y se queda Sempronio.

Sempronio: Ve tú donde quisieres, que antes que venga el día quiero ir yo a casa de Celestina, a cobrar mi parte de la cadena. Que es una puta vieja, y no le quiero dar tiempo para que fabrique alguna ruindad con que me excluya.

Sale Sempronio. Aparece Celestina.

Sempronio: ***(Desde cajas)*** ¡Celestina! ***(Llamando a la puerta y gritando)*** ¡Señora Celestina, ábreme!

Celestina: ***(Un poco asustada)*** ¿Quién llama?

Sempronio: ***(Desde cajas)*** Abre, que es tu hijo.

Celestina: No tengo yo hijos que anden a tal hora.

Sempronio: ***(Desde cajas)*** Abre a Sempronio, que vengo a almorzar contigo.

Celestina le abre la puerta a Sempronio y entran a la estancia.

Celestina: ¡Oh, loco travieso! ¡Entra, entra! ¿Cómo vienes a tal hora, que ya amanece? ¿Qué ha pasado? ¿Se despidió la esperanza de Calisto, o vive todavía con ella?

Sempronio: ¿Cómo? Si por mi no fuera, ya estaría su alma buscando posada para siempre.

Celestina: ¡Jesús! ¿En tanta afrenta te has visto? Cuéntamelo, por Dios.

Sempronio: Traigo, señora, todas las armas despedazadas: el broquel sin aro; la espada, como sierra… Que no tengo con qué salir esta noche con mi amo, que quedó concertado en verse por el huerto con Melibea.

Celestina: Pídele a tu amo, pues se gastó y quebró en su servicio. Él es tan franco que te dará para eso y para más.

Sempronio: ¿Cómo quieres que le sea tan inoportuno pidiéndole más de lo que él de su propio grado me da? Nos dio cien monedas, nos dio después la cadena. Contentémonos con lo razonable; no lo perdamos todo por querer más, que quien mucho abarca, poco suele apretar.

Celestina: ¡Gracioso es el asno! ¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿Qué tiene que ver tu galardón con mi salario? ¿Estoy yo obligada a soldar tus armas? Además, que cuando yo vine de tu casa, di a la loca de Areúsa la cadenilla que traje y no se puede acordar dónde la puso. Que en toda la noche ni ella ni yo hemos dormido sólo de pensarlo. No por el valor de la cadena, que no era mucho, sino por su mal cobro. Así que, hijo, si algo me dio a mí tu amo, debes mirar que es mío.

Sempronio: Cuánto en los viejos reina el vicio de la codicia: cuando era pobre, franca; ahora que es rica, avarienta. ¡Quién la oyó a esta vieja decir que me llevase yo todo el provecho de este negocio, pensando que sería poco! Ahora que lo ve crecido, no quiere dar nada.

Celestina: Si mucho enojo traes contigo, o con tu amo, o con las armas, no lo quiebres en mí.

Sempronio: Dame la parte que has recibido por cuenta de Calisto, no quieras que se descubra quién eres.

Celestina: ***(Irónica)*** ¿Y quién soy yo, Sempronio? ¡Calla tu lengua, no menosprecies mis canas, que soy una vieja cual Dios me hizo! Vivo de mi oficio. A quien no me quiere, no le busco. De mi casa me vienen a sacar. En mi casa me ruegan. Si bien o mal vivo, Dios es el testigo de mi corazón. Y no pienses con tu ira maltratarme, que justicia hay para todos. Déjame en mi casa con mi fortuna.

Sempronio: ***(Agresivo)*** ¡No me hinches las narices con esas razones!

Sempronio zarandea a Celestina.

Celestina: ***(Gritando asustada)*** ¿Qué es esto? ¿Qué quieren decir tales amenazas en mi casa? ¿Con una vieja de sesenta años? Muestra tus iras contra los que ciñen espada.

Sempronio: ¡Oh vieja avarienta, garganta muerta de sed por dinero! ¿No estarías contenta con la mitad de lo ganado?

Celestina: ¿Qué mitad? ¡Vete con Dios de mi casa! ¡No quieras que salgan a la plaza las cosas de Calisto y las tuyas!

Sempronio: Da voces o gritos, que tú cumplirás lo que prometiste, o se cumplirán hoy tus días.

Celestina: ¡Justicia, justicia! ¡Vecinos! ¡Que me mata en mi casa este rufián!

Sempronio: ¿Rufián? ¡Espera, doña hechicera, que yo te mandaré al infierno!

Sempronio apuñala a Celestina con saña. Ella cae muerta en el suelo.

Celestina: ¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay, ay! ¡Confesión, confesión!

Se oyen unos ruidos y voces de gente.

Sempronio: He de huir, que carga mucha gente. ¡Que viene el alguacil! ¡Oh, pecador de mí! No hay por dónde salir. La puerta está tomada, saltaré desde esta ventana. No moriré en poder de la justicia.

Se oye un grito entre cajas. Oscuro.

ACTO III

ESCENA 1

Entra Calisto buscando a Sempronio.

Calisto: ***(Solo)*** ¡Oh, cómo he dormido tan a mi placer después de aquel azucarado rato, después de aquel angélico razonamiento! ¡Ah, gran reposo he tenido! ¡Oh, señora y amor mío, Melibea! ¿Qué piensa ahora? ¿Duermes o estás despierta? ¿Piensas en mi o en otro? ¡Verdad es que no ha sido sueño lo pasado! ¿Soñelo o no? ¿Fue fantasía o pasó en verdad? Pues no estuve solo, mi criado me acompañó; voy a llamarlo para afirmar mi gozo ¡Sempronio! ¡Sempronio!

Aparece Sosia.

Calisto: ¡Sosia! ¿Dónde está Sempronio?

Sosia: ¿Sempronio, señor? ¿No se ha enterado? Ayer fue ajusticiado en la plaza como público malhechor, con pregones que manifestaban su delito.

Calisto: ¡Oh, válgame Dios! ¿Qué es esto que me dices? ¿Lo viste tú?

Sosia: Yo lo vi.

Calisto: ¡Oh, mi leal criado! ¡Oh, mi gran servidor! ¿Es esto verdad? ¡Oh, miserable Calisto! ¡Deshonrado quedas para toda la vida! Dime, por Dios, Sosia, ¿cuál fue la causa?

Sosia: Señor, la causa de su muerte publicaba el cruel verdugo a voces, diciendo ***(Sosia imita la voz del pregonero)***: "¡manda la justicia que muera el violento matador!

Calisto: ¿A quién mató?

Sosia: A una mujer que se llamaba Celestina.

Calisto: ¿Qué me dices?

Sosia: Esto que oyes.

Calisto: ***(Aparte)*** ¡Oh, rogaría a Dios que fuera yo Sempronio y perdiera la vida y no la honra ni la esperanza de conseguir mi propósito! ¡Oh, mi triste nombre y fama! ¡Oh, mis secretos más secretos, cuan públicos andáis por plazas y mercados! ¿Qué será de mí? Al muerto no puedo remediar. ***(A Sosia)*** Dime, Sosia, ¿cuál fue la causa? ¿Por qué la mataron?

Sosia: Señor, una criada suya, dando voces llorando su muerte, la publicaba a cuantos la quisieran oír, diciendo que porque no quiso partir con él una cadena de oro que tú le diste.

Calisto lo mira horrorizado.

Calisto: ***(Solo)*** ¡Oh, no! Todo será público, todo lo que hablaba con ellos, todo lo que sabían de mí, el negocio en el que andábamos. ¡Oh, mi gozo, cómo te vas disminuyendo! Proverbio es sabido, que de muy alto grandes caídas se dan. Ellos eran atrevidos, antes o después tenían que pagarlo. La vieja era mala y falsa, parece que hacía trato con Sempronio, y así riñeron sobre el reparto de las ganancias. ***(A Sosia)*** Pero por más mal y daño que me venga, no dejaré de cumplir el mandado de aquella por quien todo esto se ha causado.
¡Vamos, Sosia!

Calisto y Sosia van hacia el huerto de Melibea.

Calisto: Arrima esa escalera, Sosia, que éste es el mejor lugar.

Sosia: Sube, señor, yo iré contigo, porque no sabemos quién está dentro.

Se oye la voz de Melibea.

Calisto: Quédate loco, que yo entraré solo, que a mi señora oigo.

Sosia se queda esperando a su amo, en un rincón del escenario. Calisto baja por la escala y Melibea lo observa.

Melibea: Soy tu sierva, tu cautiva, la que estima más tu vida que la suya. ¡Oh, mi señor, no saltes de tan alto, que me moriré al verlo! Baja poco a poco por la escala. ¡No vengas con tanta prisa!

Calisto: ¡Oh, angélica imagen! ¡Oh mi señora y mi gloria!

Calisto y Melibea se abrazan.

Calisto: En mis brazos te tengo y no lo creo.

Melibea: ***(Apartándose)*** Señor mío, no quieras perderme por tan breve deleite y en tan poco espacio; que las cosas mal hechas, después de cometidas, más rápido se pueden reprender que enmendar. Goza de lo que yo gozo, que es verte y tenerte. No pidas ni tomes aquello que, una vez tomado, no estará en tu mano devolverlo.

Calisto: Señora, pues por conseguir esta merced toda mi vida he gastado, ¿cómo podré ahora desecharla cuando me la dan? No me pidas tal cobardía. Toda mi vida nadando por este fuego de tu deseo, ¿cómo quieres que no me arrime al dulce puerto?

Melibea: Por mi vida, que aunque hable tu lengua cuanto quiera, no obren tus manos cuanto puedan. ¡Estate quieto, señor mío! Ya soy tuya, no me quieras robar el mayor don que la natura me ha dado. Que del buen pastor es propio trasquilar sus ovejas, pero no destruirlas ni dañarlas.

Calisto: Perdona, señora, a mis desvergonzadas manos, que jamás pensaron en tocar tu ropa y ahora gozan de llegar a tu gentil cuerpo y lindas y delicadas carnes.

Calisto toma en brazos a Melibea y se la lleva adentro. Suena una música romántica. Sosia se levanta de su rincón.

Sosia: ***(Solo)*** ¿Qué oigo? ¡Ay, juzgo a mi amo por el más bienaventurado hombre que nació! Pero qué caro le ha costado. Ya ha olvidado la muerte de Sempronio. Ellos ahí, alegres y abrazados, y su servidor degollado.

Vuelve a aparecer Melibea, despeinada y acelerada. Empieza a oírse su voz desde dentro.

Melibea: ***(Efusiva)*** ¡Oh, mi vida y señor! ¿Cómo has querido que pierda el nombre y corona de virgen por tan breve deleite? ¡Ay, padre honrado, cómo he dañado tu fama y he quebrantado tu casa! ¡Oh, traidora de mí! ¿Cómo no miré primero el gran peligro que esperaba?

Sosia: ***(Aparte)*** ¡Antes quisiera yo oírte esas lamentaciones!

Aparece Calisto, totalmente relajado y desperezándose.

Calisto: ***(Bostezando)*** Ya quiere amanecer. ¿Qué es esto? No me parece que hace una hora que estamos aquí y el reloj da las tres.

Melibea: Señor, vete ahora con Dios, que no serás visto. Y por Dios, pues ya soy tu dueña, ya no puedes negar mi amor, no me niegues tu vista. De noche sea tu venida, por este secreto lugar y a la misma hora.

Calisto: ***(Gritando)*** ¡Sosia, pon la escala!

Sosia: Señor, aquí está.

Calisto baja por la escala.

Sosia: Señor, debemos ir muy callando porque suelen levantarse a esta hora los ricos, o los devotos de templos e iglesias, o los trabajadores de campos y labranzas, y podría ser que tomasen de pasada alguna razón por donde su honra y la de Melibea se turben.

Calisto: ¡Chsss! Tan sutil y discreto eres que dices que callemos y nombras su nombre. Mis cuidados y los tuyos no son todo uno. ¡Ay, Sosia! ¿Por qué no estoy contento? Pienso en la muerte de Sempronio, pero ya no puedo remediarla. Ahora veo la mengua de mi casa, la pérdida de mi patrimonio, la infamia de mi persona por la muerte de mi criado. ¿Qué hice? ¡Ay, señor, trae a mi imaginación la presencia angélica de Melibea! Vuelve a mis oídos el suave son de sus palabras: aquel "apártate allá, señor, no llegues a mí"; aquel "no quieras mi perdición"; aquellos amorosos abrazos, aquel soltarme y prenderme, aquellos azucarados besos…

Sosia: Ve a descansar, señor.

Calisto, todavía absorto en sus pensamientos, asiente con un gesto y se va murmurando.

Calisto: ¡Oh, mi señora y mi vida! ¡Oh, bien sin comparación!

Se queda Sosia en el escenario. Aparece Areúsa.

Areúsa: ***(Sarcástica y seductora)*** ¿Es mi Sosia, mi secreto amigo? ¿Al que yo quiero sin que él lo sepa? ¿Al que deseo conocer por su buena fama? ¿El fiel a su amo? Anda, ven aquí, sentémonos, que me gozo en mirarte. Dime, señor, ¿me conocías antes de ahora?

Sosia: ***(Nervioso y tímido)*** Señora, la fama de tu gentileza, de tus gracias, vuela alto por esta ciudad. Que nadie habla de mujeres hermosas sin acordarse primero de ti.

Areúsa: Pero Sosia, no necesitas esas razones, que ya me tienes ganada. ¡Ay, amor! ¿Ya sabes cuánto quería yo a Celestina? ¡Ay, yo pongo mis ojos en ti! Y quiero avisarte para que te guardes de peligros, que ya viste lo que le ha pasado a Sempronio de lo que supo Celestina, que no me gustaría verte morir a ti también. Has de saber que alguien me ha dicho que tú conoces los amores de Calisto y Melibea, que cada noche acompañas a tu amo. Pues yo te quiero advertir que, cuando vayas con Calisto a casa de aquella señora, no hagas bullicio, que no lo sepa nadie, que me han dicho que cada noche vas dando voces como un loco.

Sosia: ***(Enfadado)*** ¡Quién te dijo tal cosa no dice la verdad! Esos que me ven ir con la luna de noche, a dar agua a mis caballos, me ven cantando y así es, pero canto para olvidar el trabajo

y desechar enojo, y esto antes de la diez, pues sospechan mal, y de la sospecha hacen certidumbre. Y si más clara, quieres señora, ver su falsedad, en un mes no hemos ido ni ocho veces, que dicen los falsos maldicientes que vamos cada noche.

Areúsa: Pues por mi vida, para que yo los acuse, dime qué días habéis concertado salir, y si se equivocan estaré segura de tu secreto y también de su mentira. Tú a salvo de peligro y yo sin sobresalto de tu vida. ¡Ay!

Sosia: Señora, para esta noche, cuando el reloj de las doce, será la visita de Calisto por el huerto de Melibea.

Areúsa: Hermano Sosia, esto basta para que tome cargo de saber tu inocencia y la maldad de tus adversarios. ***(Menospreciándole)*** Vete con Dios, que estoy ocupada en otro negocio y me he detenido mucho contigo.

Sosia: ***(Desconcertado)*** Graciosa y suave señora, perdóname si te he enojado con mi tardanza.

Sosia se va. Se queda Areúsa sola.

Areúsa: ***(Sola)*** Dios te guíe… ***(Se ríe escandalosamente)*** ¡Muy ufano vas por tu vida!

Así salen de mis manos los asnos, apaleados como éste; los discretos, espantados; los castos, encendidos. Que otra arte es ésta, no como el de Celestina. Esta noche mandaré unos mozos al huerto de Melibea. Ahora se hará justicia, venganza se hará y morirá Calisto. Que llore Melibea como yo lo he hecho.

Juglar: Mis oídos no dan crédito a lo que oyen. ¡Todo humano se guarde del qué dirán! Pareciese que es mejor echar la vista a un lado y rendirse en brazos de la amada, antes que perder el honor de su linaje. ¡Los muertos al hoyo y el vivo al bollo! ***(Se ríe)***

Bien está… Olvidemos ahora males acontecidos, ¡los amantes están vivos! Poned pausa a los suspiros… Por ahora.

Pues ya lo dice el sabio: que no da paso seguro quien corre por el muro, aquel que va más sano es que anda por lo llano.

Ya oigo voces. Silencio os ruego.

ESCENA 2

Aparece Calisto en escena acompañado de Sosia. Melibea recitando entre bastidores. Iluminación de luna.

Calisto: Pon la escala y calla, que me parece que está hablando mi señora de dentro. Subiré encima de la pared y en ella estaré escuchando, por ver si oigo alguna buena señal de mi amor en ausencia.

Melibea: ***(Recitando)***

Dulces árboles sombrosos,
humillaos cuando veáis
aquellos ojos graciosos
del que tanto deseáis.
Papagayos, ruiseñores,
que cantáis al alborada
llevad nueva a mis amores
cómo espero aquí sentada.
La medianoche es pasada,
y no viene.
Sabedme si hay otra amada
que lo detiene.

Calisto la interrumpe, cayendo de pronto delante de ella con la escala. Melibea se sobresalta.

Melibea: ***(Dando un saltito)*** ¡Ah!

Calisto: Vencido me tiene el dulzor de tu suave canto. No puedo sufrir más tu penado esperar ¡Oh, mi señora, mi bien todo!

Melibea: ¡Oh sabrosa traición y dulce sobresalto! ***(Se abrazan)*** ¿Es el señor de mi alma? ¿Es él? No lo puedo creer. ¿Dónde estabas, luciente sol?

Calisto empieza a manosear a Melibea de una forma muy descarada. Ella se enfada y se aparta.

Melibea: ***(Subiendo el tono de voz)*** ¡Ángel mío, que así como me es agradable tu vista sosegada, me es enojoso tu riguroso trato! ¡Deja estar mis ropas! Holguemos y burlemos de otros mil modos que yo te mostraré. ¿Qué provecho te trae dañar mis vestiduras?

Calisto: Señora, el que quiere comer el ave, quita primero las plumas.

Melibea le mira desconfiada.

Calisto: ¿Cómo me mandas que me pase un solo momento sin gozar de lo que en toda la tierra no hay igual más que en este huerto? ***(Abrazándola con ternura)*** Jamás querría, señora, que amaneciese…

Melibea: Señor, yo soy la que gozo, yo la que gano; tú señor, el que me haces con tu visita incomparable merced.

Se oyen voces.

Sosia: ***(Gritando hacia cajas)*** ¡Bellacos, rufianes! ¿Veníais a asombrar a los que no os temen?

En el otro lado, Calisto se ha sobresaltado por las voces de Sosia.

Calisto: Señora, Sosia es el que da voces. Déjame ir a verle, no le maten. ¡Dame mi capa, presto!

Melibea: ***(Se levanta y le tiende la capa a Calisto)*** ¡Oh, triste de mi ventura! No vayas allá sin tus corazas, vuélvete a armar.

Calisto: Señora, lo que no hacen espada, capa y corazón, no lo harán corazas.

Mientras, Sosia, sigue dando voces.

Sosia: ¿Ah? ¿Aún volvéis? Esperadme… ***(Hace el ademán de desenvainar su espada y se queda alerta mirando hacia dentro.)***

Al escuchar otra vez a Sosia, Calisto se apresura.

Calisto: ¡Déjame, por Dios, señora, que está puesta la escala! ***(Calisto sube por la escala)***

Melibea: ¡Oh, desdichada yo! Y, ¿cómo vas tan recio y con tanta prisa y desarmado, a meterte entre quien no conoces?

Sosia: Tente, señor, no bajes, que ya se han ido. ¡Detente, señor!

Se oye un alarido de Calisto y el golpe de la escala en el suelo.

Calisto: ¡Oh, válgame Santa María! ¡Muerto soy! ¡Confesión!

Sosia: ***(Aparte)*** ¡Oh, no! El triste de mi amo se ha caído de la escala y no habla ni se mueve. ¡Señor, señor! Tan muerto está como mi abuelo ¡Oh, gran desventura!

Melibea lo ha oído todo desde el huerto, y cae al suelo.

Melibea: ¿Qué es esto que oigo? ¡Amarga de mí!

Sosia: ¡Oh, mi señor y mi bien muerto! ¡Oh, triste muerte! ¡Y sin confesión! ¡Oh, día aciago! ¡Oh, arrebatado fin!

Melibea: ¡Oh, desconsolada de mí! ¿Qué es esto? Subiré por estas paredes, veré mi dolor. Mi bien y mi placer, todo es ido en humo. ¡Se ha perdido mi alegría! ¡Se consumió mi gloria! ¡Oh, la más triste de las tristes! Tan tarde alcanzado el placer, tan presto venido el dolor. Se llevan a mi bien todo. Muerta llevan mi alegría. ¿Cómo no gocé más? ¿Cómo tuve en tan poco la gloria que tuve entre mis manos? ¡Oh, ingratos mortales, jamás conocéis vuestros bienes sino cuando de ellos carecéis! ¡Oh, mi amor y señor Calisto! Espérame, allá voy. Mi fin es llegado, llegado es mi descanso y llegado es mi alivio.

Oscuro. Música.

Juglar: Todo ha sido menester. Vuesas mercedes saquen las enseñanzas que quisieren, que a buen seguro alguna le será de buen provecho. Ahora permítanme presentarles a los actores de esta compañía de comediantes que han llevado a cabo esta trágica “comedia”.

FIN